

Programa de protección para delfines

La franciscana (*Pontoporia blainvillei*) es uno de los delfines más pequeños del mundo. Tiene un largo hocico con más de 200 dientes, una aleta dorsal pequeña y redondeada, y su color marrón recuerda el del hábito de los monjes franciscanos. Se distribuye en las costas del centro y sur de Brasil, Uruguay y Argentina hasta el Golfo San Matías. Este delfín, el menos conocido de Sudamérica, es el que se encuentra en mayor peligro de extinción; su principal amenaza son las redes de pesca artesanal, ya que quedan atrapados accidentalmente y no pueden salir a respirar a la superficie. Así, sólo en Argentina mueren unos mil individuos al año.

Para conocer mejor las áreas que ocupa la franciscana, qué hace en ellas y su ecología general, se diseñó un proyecto en el que se capturan algunos ejemplares para colocarles un radiotransmisor. El desafío para los investigadores fue enorme, ya que esta especie no realiza saltos acrobáticos como otros delfines, sale a la superficie por escasos segundos y generalmente se aleja de las embarcaciones con motor. A esto se suma que es muy sensible al estrés, por lo que debían asegurarse de que los delfines fueran devueltos vivos al mar. En marzo de 2005 y luego de dos años de preparativos, el grupo de investigadores

—formado por argentinos, mexicanos y estadounidenses—, junto con pescadores y voluntarios, puso en marcha el proyecto que encabezan los biólogos Pablo Bordino, director de AquaMarina, organización ambiental argentina, Randy Wells,



de la Sociedad Zoológica de Chicago, y el veterinario especialista en medicina para la conservación, Alonso Aguirre, del *Wildlife Trust*, una organización internacional. El lugar elegido fue Punta Rasa, zona de la provincia argentina de Buenos Aires que marca el límite entre el Río de la Plata y el Océano Atlántico. En estas aguas de confluencia, ricas en peces y crustáceos, es donde viven y tienen a sus crías las franciscanas.

El 17 de marzo partieron ocho embarcaciones. Lanzaron una red y al recogerla, una franciscana se arrojó contra ella y quedó atrapada, la subieron a bordo y la mantuvieron húmeda y a la sombra. Los especialistas le hicieron una pequeña perforación en la aleta dorsal y le colocaron el radiotransmisor. Transcurrida media hora y con los signos vitales perfectos, el animal, bautizado con el nombre de Patricia, fue devuelto al agua. El proyecto incluyó la captura de otros dos ejemplares, también hembras. Esto no es casual, ya que las hembras son más costeras y, como a veces están con las crías, buscan ambientes más protegidos. El seguimiento de los animales con radiotransmisores aportará información para diseñar un plan de manejo de la especie en Argentina; se cree que esa población está aislada de las de Uruguay y de Brasil, lo que la coloca en una situación más crítica. Los delfines son excelentes indicadores del estado de salud del ambiente costero. Por eso, mientras haya delfines en nuestras aguas, también habrá condiciones ambientales adecuadas para que nosotros podamos vivir y pescar. Y con personas tan comprometidas como estos investigadores, las franciscanas tienen una oportunidad.

Hilda Suárez y Alejandro Balbiano

La ciencia como ficción

La ciencia y ficción parecen opuestas. Según la imagen popular, la investigación científica consiste en observar objetivamente la realidad para arrancarle sus secretos: las famosas “leyes de la naturaleza”. La ficción, en cambio, consiste en crear libremente realidades imaginarias.

Y sin embargo, existen paralelos profundos entre ambas actividades. Ninguna creación literaria, por ejemplo, puede ser totalmente libre. Para crear un relato existen de entrada restricciones ineludibles, como las del lenguaje mismo (gramática, sintaxis, significado de las palabras, por más que se pueda jugar a tratar de burlarlas) o las de la lógica. Un relato impenetrable o sin coherencia lógica simplemente no tendrá ningún sentido para el lector.

Por otra parte, ningún autor puede evitar ser influido por la cultura en que vive, y es inevitable que su creación refleje ciertos temas, creencias, valores y convenciones propias de tal cultura.

Las restricciones aumentan en el caso de la ciencia ficción, uno de los géneros literarios más estrechamente ligados a la ciencia. Para escribir un buen relato, tienen que respetarse los límites del conocimiento científico: el argumento tiene que plantearse y resolverse de manera que no viole lo que se sabe respecto al funcionamiento de la naturaleza. Por ello, escribir buena ciencia ficción es todo un reto.

¿Y la ciencia? Compárese lo anterior con lo que afirma el premio Nobel de física Richard Feynman (citado por Carlos López Beltrán en su recomendable libro *La ciencia como cultura*, Paidós, 2005), cuando explica lo difícil que es para los científicos concebir una nueva teoría o explicación:

“No podemos permitirnos imaginar cosas que estén en clara contradicción con las leyes de la naturaleza. Por lo tanto, imaginar es difícil. Uno tiene que pensar en algo que no se haya visto ni escuchado jamás, y al mismo tiempo los pensamientos están como ceñidos, limitados por las condiciones de nuestro conocimiento de la naturaleza. El problema de crear algo nuevo y consistente con lo anterior es de dificultad extrema.”

Y es que ambas, ciencia y ficción, son actividades esencialmente *creativas*. Tanto el científico como el escritor tienen, antes que nada, que *imaginar*; uno, el argumento de su relato; otro, una posible explicación de lo que observa.

En realidad, el científico, más que descubrir la realidad, se dedica a imaginarla: crea modelos y luego los somete a prueba para ver qué tan buenos resultan para explicar la naturaleza. En ese sentido, la ciencia es también una forma muy especial y rigurosa de ficción. Podríamos decir que la ciencia es literatura, sólo que literatura sometida a prueba.